

POESÍA REUNIDA

Desiderio Macías Silva



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

POESÍA
REUNIDA

POESÍA REUNIDA

Desiderio Macías Silva



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

POESÍA REUNIDA

Primera edición 2015 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
20131 Aguascalientes, Aguascalientes, México
www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/

© Desiderio Macías Silva

ISBN 978-607-8457-17-5

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Recopilación de textos: Leticia López Martínez

ÍNDICE

La poesía como vocación de luz Salvador Gallardo Topete	9
Ascuario	13
Pentagrazul	65
Jaspe y Sardónix	99
Relámpagos la sangre	113
Manifiesto jubilar del hombre nuevo	127

DESIDERIO MACÍAS SILVA: LA POESÍA COMO VOCACIÓN DE LUZ

Con el propósito de conmemorar el vigésimo aniversario de la muerte de Desiderio Macías Silva, la Universidad Autónoma de Aguascalientes –en la que, como alumno de la antigua Preparatoria terminó su bachillerato, y posteriormente como maestro impartió por largo tiempo diversas cátedras– decidió publicar en un volumen sus libros de poemas *Ascuario*, *Pentagrazul*, *Jaspe y Sardónix*, *Relámpagos la sangre* y *Manifiesto jubilar del año nuevo*.

En estos cinco libros se encuentran los poemas más importantes del autor. En *Ascuario*, el fuego y la luz son los elementos fundamentales de todos los poemas; fuego y luz hermanados con su claridad: rompiendo sombras, irisándose a través de cristales y gemas subterráneas, que el pico y la pala de sus hermanos mineros de Asientos arrancaron de los profundos socavones: “Al alba los mineros hieren a la piedras/ en furgonadas de cocuyos/ que se despeñan por la loma./ Mi padre fue minero, éste fue su cotense y éstos los carburos de su lámpara”.

En *Pentagrazul*, Desiderio Macías Silva recoge dieciocho poemas enclaustrados en una de las prisiones que le fuera tan grata, la décima, diez versos octosílabos, metro en que la lengua española ha logrado manifestar con plenitud su genio, tanto en la poesía popular como en la llamada culta. Éste fue el metro utilizado por Espinel para fabricar esa joya de diez versos, sujetos a rima consonante, distribuida en dos redondillas, una al principio y otra al final de la composición, engarzadas por dos versos intermedios, el sexto y séptimo, que riman, el primero con el que le antecede y el segundo con el que le sucede.

Es preciso señalar que el empleo de la décima en la poesía popular ha caído en desuso en España, mientras que sigue utilizándose con gran éxito en nuestro país, fundamentalmente en la región de la Huasteca. La décima, desde el punto de vista formal, ofrece el apoyo de una musicalidad que por sí misma comunica al lector o escucha, un estado anímico, propicio para la realización plena del fenómeno poético; además, el empleo de la rima consonante posibilita el encuentro analógico, en ocasiones inesperado, de vocablos que, a la par de su concordancia melódica sirvan para el desarrollo conceptual del poema.

En la décima, Desiderio Macías Silva se mueve como pez en el agua, estalla en júbilos sonoros, que se corresponden con incendios visuales gracias a la sutil alquimia de la sinestesia; pero no he de adelantar juicios por ahora, ya que el objeto que persiguen estos breves apuntes es obtener de la lectura de algunos de los textos de *Pentagrazul* una visión que nos acerque a la del poeta.

Empezaré, pues, glosando el poema “Pórtico sueño”, que discurre en un espacio onírico, donde la figura apenas esbozada, cede al primer plano, al color cambiante, surgido de un prisma aberrante, rompiendo el orden cromático. En el principio aparece la luz del relámpago que empieza a colorearse de amarillo, con “Tigres en llamazones”, para trocarse enseguida en el rojinegro de la lava y dar paso después al tenue azul del lapislázuli anunciativo del advenimiento de “alguien azul”, que borda escalas con los rescollos que el poeta deja traslucirse a sus espaldas.

No siempre existe una correspondencia realista entre el objeto y el color que lo tiñe, así, en la segunda espinela, el verde esmeralda colorea al sol y a la laguna, y el amarillo oro a la luna refulgente que protogalácticamente gira y se expande, retrotrayéndose en el tiempo, hasta el principio, en que nada existía. En búsqueda del origen, el poeta desanda hasta la cuna, reflexiona metódicamente, diseccionando como médico que era, plano por plano, grutas, tenebrarios, fosas, hasta encontrar el germen de la existencia, en la energía deslumbrante que encuentra en todas las cosas.

En “Intimidad de la rosa”, poema constituido, como todos lo de este libro, por cinco décimas, y en este caso, como en el anterior, concatenadas (el verso final de cada décima, es el principio de la siguiente), eslabonan el poema, en aras de una mayor integración.

La primera espinela, fuera el retrato estático de una rosa: “que no rebosa/ el esplendor que la fija...”, a no ser porque en el verso segundo, su autor nos previene de la falsa apariencia: “la rosa parece quieta...” falsa quietud, pues en su interior se libra

un feroz combate entre la luz y la antiluz, como se expresa en la segunda de las décimas; “luz y antiluz, en tal briosa/ lid a muerte andan trenzadas”. La rosa desideriana es una rosa que de real deviene en conceptual, es la flor de la dialéctica hegeliana, donde la lucha de contrarios, tesis y antítesis, luz y antiluz, se resuelve en síntesis, la chispa, pero chispa que es la fogata total.

En los poemas “Vitales” y “Cintilogramas”, dedicados a sus hijos Jorge Eduardo y Miriam de los Dolores, respectivamente, la ternura de ser padre se apodera del poeta y hay algo en estos versos de canción de cuna.

Desiderio Macías Silva es definitivamente un poeta visual a la manera de los pintores impresionistas, en pocas ocasiones re-trata los objetos con minuciosidad mostrando con precisión sus contornos; por lo contrario, una mancha de color es la encargada de llevarnos a la retina la imagen deseada.

En estos dos poemas, los títulos “Vitales” y “Cintilogramas”, son anunciativos del predominio lumínico en las metáforas e imágenes que los pueblan; ya la luz pura, ya arcoirisada por su paso a través de un vitral; ya continua o cintilante, que apenas en el parpadeo de una cámara fotográfica nos deja la impronta de “la buganvilia (que) sonríe sobre las cales del muro”.

El mundo de Desiderio Macías Silva se encuentra plenamente delimitado en dos zonas: la de la oscuridad y la de la luz, parcelas en las que transitan no sólo sus emociones y aspiraciones intimistas, sino también los ideales y sentimientos que lo vinculan con su entorno social.

En “Ronda del alba” el poeta canta esperanzado por el futuro de América. La figura del comandante Ernesto Guevara, es el jazmín resplandeciente por la luz, que en él incide, luz que absorbe para tomarse una luz de todos los soles, luz que derrota a la oscuridad escombrando los hollines-yugos. Luz triunfante, luz unificada. Este atisbo de luz impulsa a la América carmesí... de Morelos, de Bolívar y Martí, aún “con hollín en la cara”, a gritar jubiloso: “mis hijos cuando sean grandes que sean como el Che Guevara”. En la quinta décima, el sacrificio del “nardo en flor”, (de la) flor de cafeto en su llama”, provoca que la voz del poeta se convierta en bramido de dolor, que el Che trata de atemperar y encauzar pidiendo se continúe con la lucha libertaria por él emprendida, al decir:

No me llores pescador
toma en tus manos mis remos

Y a la voz del héroe, se unen las voces de los crisantemos de América al corear el lema:

Patria o muerte. Venceremos.

En *Jaspe y Sardónix*, gemas semipreciosas, canta a sus hijos con ternura: nanas de cuna, al trigo, al pan y al trabajo

... Cual saúz
agobiado de un jazmín de luz,
baja su frente el pan.
De beso y miel
la rosa, el girasol y el alhelí:
un pan,
una familia,
y un mantel.

Relámpagos la sangre está escrito en versos libres y se compone de doce poemas: “Todos aquí están muertos”, “Con brazadas de sol de agonía”, “Tendedero de escarchas negras”, “Como árbol de vidrio”, “Nos duele sobre el alba”, “Luz de luz”, “Hermano”, “Aquí acantilado de chacales”, “Hoy he vuelto mis ojos por los gritos”, “Y desde el sol sobre desierto hirviente”, “Esta conflagración de cempasúchiles”, y “Desde el pozo sobre cuya estrella”. La voz del poeta se ha transformado, ya no es el canto melódico y luminoso, sino la protesta agria, la voz delatora que señala y maldice al hombre que es chacal del hombre. Hay un poema dedicado a la muerte de un hermano menor, quien trabajaba como chofer de un camión de carga y murió en un accidente; esa muerte le dolió intensamente, los amigos de la revista *Paralelo* pudimos acompañarlo en su dolor.

Toda la producción poética y filológica de Desiderio Macías Silva desemboca en el *Manifiesto jubilar*, en donde se atisba el encuentro eminente con el Hombre Nuevo. Con voz profética y esperanzadora el poeta celebra la llegada próxima de “Voces con tesitura/de inflorescencias apretadas/ (que) se han escuchado en nuestra tierra/ ¡el pan y el sol sin dueño!/ ¡el aire y la vida sin dueño!” Aunque para ello: “¡Hay que quemar a los dioses viejos y los caminos viejos y las palabras viejas”.

En este libro, la paleta de nuestro poeta, tan rica en colores y en ritmos, va desnudándose hasta quedar casi en la luz pura, apenas matizada, enfrentada a la oscuridad total. Esta división parcela-

ria también es conceptual. El mundo poético de Macías Silva está delimitado en dos zonas, la de la oscuridad, abrigo de lo negativo, y la de la luz, donde imperan los valores supremos de la humanidad. Recordemos que la luz le significaba sabiduría, de ahí el lema que creó para la Universidad Autónoma de Aguascalientes: *Se Lumen Proferre*, “transmutarse en luz”.

El choque de la oscuridad y de la luz anuncia, esperanzadoramente en su poesía, un tercer estadio, el de la chispa, pero la chispa que es la fogata total, el hombre nuevo. Así, la poesía de Desiderio Macías Silva nos alcanza en el presente por su vocación de luz venidera.

Salvador Gallardo Topete

ASCUARIO

A María de los Dolores

*E*s un escaparate de centellas

Es un escaparate
de
centellas.

Es el mar,
pero a tumbos
de ardorosas
pupilas.

Es un mural de piedras
preciosas,
pero a ráfagas:
es
la casa
del fuego.

Esta aurora

Esta aurora
enciende
de mis brazos
el infinito, único,
diamante
de su túnica

Inmensurable el universo,
aparece aquí

escasamente
reducido
a la caricia
con que te cubro.

Bebo y bebo tu vino

Bebo y bebo tu vino.
Tu boca se fatiga,
pero ya no me sacio.
—Testigo
este revolcadero
de soles.

Cuando a la madrugada
ruedo
como brasa sin brillo,

los luceros
adolescentes
me relamen
los labios.

Preguntarás qué hacemos

Preguntarás qué hacemos
en estas aguas negras.
—Astros como los niños:
con la risa embadurnada
de tinta.

Les mostramos los ópalos con alas
de que deslumbrarían
si quisieran.

Y también por qué el sol
se acuerda
delante
de nosotros.

Para calentarse las manos

*Para calentarse las manos
en el brasero que brilla
al otro lado
de la mesa,*

*los cosmonautas
proyectarían
un viaje alrededor del universo.*

Tiempos de hidrógeno pesado:
Nos asomamos al jardín,
y galaxias sin nombre todavía
andan
bailando
con nosotros.

Todo el día te oculto

Todo el día te oculto contra el pecho,
todo el día,
fogata.

—Muro de guindas
en conflagración
que me trasluce
los brazos.

Pero ahora
la noche
atisba por el ojo de la llave,
y la cara y el ojo se le saltan
en carretadas
de estrellas.

Un delito tan sólo

Un delito tan sólo
cometió
esta insurgencia
de clorofila:

Haberse
multiplicado
laberinto
de espejos,

con el deliberado
propósito
de que un día
en ella
te perdieras.

Si pudiera lo haría

Si pudiera lo haría: me rociaba
de pirocromos y canela,
y vivo me quemaba;
ah,
pero que tu pecho
fuera mi plaza pública.

Imagina: escalar te
nardo a nardo en ardor hasta los ojos,
e inaugurar el día
desde allí...

—Me sueño
este charco de sol
que se pone de pie para cantarte.

Honda en la luz

Honda en la luz
con que te entregas,
una luz
muy más luz
me dilacera
los brazos.

—Lo que quisiera
proclamar
de todos
antes
del guinda último

esta explosión
de pléyades.

Amo este solsticio

Amo este solsticio
profundo en claridad
que como alberca
ríe
desde tus ojos.

Amo tu voz
creciendo
como hiedras azules
contra los barandales
del crepúsculo.

Amo.. Berilo en ascuas
donde mi sangre gira
como un rehilete.

Ésta es la tarea

Ésta es la tarea:
reconquistar uno por uno
los rostros
de la llama.

Darnos un rostro propio
en donde el arco
iris
resplandezca
como un
láser único.

Y después
atizar
hasta que se desunza el relámpago.

Con aire azul y todo

Con aire azul y todo,
lo de las siete bandas
de júbilos iguales
nada dice en favor del arco iris.

Es como hablar de estrellas
anudándose a besos
en este *devanágari* de mosto.

O, ve tú
a saber:
quizá como la lluvia
que, *baby doll* de lágrimas
o deshielo de ángeles
ríe de cara al sol.

Por el amor que floreció

Por el amor que floreció
debajo de los puentes,
dinamita a los puentes
hasta saltarles los ojos.

—Por la noción
de lava
que culminó
su reto en nuestras bocas.

Pero yo te lo digo:
beso y tu piel mi llama.
—Dos palomas de luz
ruedan y ruedan hechas nudo
por un lago de sangre.

El mar que ayer

El mar que ayer se enardecíó en tu boca
está saltando las bardas.
El mar, ojos de toro renegrído,
y yo de espaldas aferrado
contra los vidrios de la puerta.

El mar...
¿Dónde leí yo algo
sobre toros y mar?

Pero aquí las alfombras
metálicas de peces y en el aire.
—Crispo tu resolana entre mis brazos
hasta convertirla en cuchillo,
y me la clavo en el pecho.

Encendería

Encendería
cuatro
velas:

una por cada lado
de mi cama,
si no estuvieras
conmigo.

Aunque,
pensándolo bien,
con qué podría
ya
encender
cuatro velas...

P or fraguas y su arcángel

Hay ciudades que brillan en el alba,
se adentran en el mar,
y de improviso
sin saberlo
andan los hombres
por sus calles.

Hasta que grietadura en desangrío
también en sus aljibes
la luna se debate.

Entonces desde una discretísima
conflagración de compasúchiles,
emprenden el retorno
sin dejar ningún rastro.

C aín

Caín crece de astas hasta el cielo.
Caín crece tan alto
que la estrella más pánico y más alas
se le deshace en la frente.

Caín con su batea
de lunas cercenadas.
Caín y esta noche
con ojos de caballo
que no encuentra los ojos de su madre.

Caín... Caín de oro...
—Como dos heridas sin dueño,
labio a labio nos apretamos
para vendarnos mutuamente.

Un relámpago azul

Mi perro si me mira,
un relámpago azul
se le abre de brazos en los ojos:

Del relámpago suyo,
en coctel de esmeraldas
este candilerío
solsticial.

Hoy, mientras una estrella
cae guiñando su ternura,
mi perro y yo cogidos de la mano
pedimos para todos
en los ojos de todos
un relámpago igual.

Apocatástasis

Se despetalizó en arco iris
la aseidad de la llama,
y desde entonces el azul del cielo,
la clorofila, y nuestra sangre,
son un caos de aúllos.

Y se vislumbra ya
la epifanía
de la apocatástasis.

Pero mi hiel de sanatorio inválido
sigue dilacerándome:
si la luz era una,
¿qué sentido tenía
este pudridero de lágrimas?

Hasta

Hasta los barandales
donde la cruz del sur
deslíe
a la aurora
la sal
de su pañuelo.

Hasta las playas donde el pensamiento
quema sus naves.

—Hasta tu sangre
sonriéndome
desde la amapola
con que me alumbro.

Por las consolaciones de los musgos

Escasas son aún las amapolas
en la ladera Este
mientras los fríos se derriten;
escasas, y en lo íntimo
andamiajes de humo
por los renuevos que se quedan.

Pero yo brindo aquí
por las consolaciones
de los musgos.

Porque magnánimos han sido
los dioses infernales
al cancelar entre sus vástagos
la ambición obsesiva de la luz.

Se conjeturan tus crisólitos

Se conjeturan
tus crisólitos
muy más allá de esta
tolvanera de tinta,
y el abismo
se aclara.

Cabrilleos
escarcha
con los brazos abiertos se traslucen.

No sé hasta qué punto
podría
postularse
que amanece.

Un fotón es el mínimo de luz

Un fotón es el mínimo de luz
que puede tener alas.
Un electrón, dos vórtices de alas
que cabrillean en un nudo.

Sistema planetario
de gavillas de luz
en torno a un incendio, tal el átomo.
—Las moléculas son
nebulosas de átomos
y los cuerpos galaxias de moléculas.

Luz, ¿qué más?... En la orgía de colores
de nuestra arboladura
la luz toma conciencia de sí misma.

Con resquebrajaduras

Con resquebrajaduras
de horno
lo aplaudimos.

Con resquebrajaduras
de horno
nos caracajamos:

Los potros
del crepúsculo
hacen
tragar
a los crepúsculos
sus carrozas
de oro.

De corindones púrpura

De corindones púrpura
con almendras de sol
el puente se desneblina.

Hasta el faro guardián y los colgados
la bahía
promueve
crisoprasos y vino.

Hornos de música
reverdecemos:
el que rema de pie sobre la barca
es el relámpago en cuya sonrisa
todos los astros
somos uno.

Nuestra ciudad

Nuestra ciudad enciende su esqueleto
de vidrio y gas neón.

—Nuestra ciudad sueña que ríe,
pero en sus iridiscencias voltaicas
ríen las mercancías.

El cerebro también es un telar de gas neón:
incendiazón de títeres
en renegrida agua las imágenes.

—Empiezo a comprender
lo de las sustancias celestes
que en sus sueños de tigre
de aro en aro en llamas por el cosmos
saltan hasta mi frente y te saludan.

Transfulmínea

Transfulmínea,
centro
de su llama,
tu pirotecnia
se deslumbra
de sus propios vitrales.

—Pálpanse aquí
los rumbos
hacia donde la luz

multiplica
sus alas
cuando la lámpara
se quiebra.

Por esos soles tuyos

Por esos soles tuyos
donde la luz no acaba
de aprender
suficiente,

pantera negra que en la llamarada
verde
con que nos mira
se consume
la noche.

Hasta que toda ella no es ya más
que un alucinante
descomunal
semáforo en siga.

Amanecí

Amanecí con gorra marinera
diciendo adiós a todo.
—El aire sabe a sal,
y a luna nueva,
y a mordisco
sobre muslos de nardo.

Y el corazón lo llevo
con alas de gaviota.
Y si canto la lengua se me estalla
en sirenas y mástiles:

Te aprietas
contra el revés de tu corpiño
hasta destrozarte en mis besos.

Ríe con nadie el niño

Ríe
con nadie
el niño.

Tiende
sus brazos
a
nadie.

—Más allá de los rayos infrarrojos
y los ultravioleta,
intercambiamos
guiños
los
ángeles.

Los domingos

Los domingos enascuan
de tu alegría sus rubíes.

—Mi puñado de humo
se enardece, y danza
piras de oro en el espejo.

Los demás días...
este hervir
el corazón en un perol de víboras
por un pedazo de tortilla amarga.

—Rompes
toda la tradición este año nuevo,
y enciendes en mis brazos un rubí
del tamaño de todo el almanaque.

Sus fríos lapislázulis

Tus tragaluces,
por si los reclamas,
te los voy a guardar en el ropero.

Sus fríos
lapislázulis
con estrías
de humo
nada me muestran
de lo que les pido.

Yo soy un poco los duraznos
en su delirio
de encender
una flor semejante a tu sonrisa.

Los guinda del crepúsculo

Los guinda del crepúsculo
resquebrajan el ocre
dorado de sus cálices,
y tras las moscas verdes
del calabozo se amotan.

Hasta que jueces y verdugos,
y víctimas y cárceles,
con la fogata
se consumen.

Entonces un aliento de camelias
que refresca
la sangre
lo constituye todo.

Soy de lo que me visto

Soy de lo que me visto,
piensan la escoria,
y el crisol,
y aun las paredes de la casa.

Mas tú y yo sabemos:
en alusínosis de oro
el agua
del abismo
languidece.

Pero aquí la negrura tiene un sueño:
que, degollado
el relámpago,
cristaliza su frío sobre él.

No me elegiste tú

No me elegiste tú.
Tú, cuando mucho, te azotaste
de alas
contra el brasero.

Luego el asombro
te aferró
a la cintura
de la llama,

y ahora el tiempo es
el número
de estrellas
con que tus ojos
me visten.

A gualuz

Agualuz
suspendida
en su salto
de luna.

Agualuz
suspendida
en su salto
de sol.

Que no sepa
la niña
que agualágrimas
a veces
el amor.

De hiel en llamas

En ocasiones el relámpago
que estalla no sé dónde
hace tierra
al pie de mi ventana.

De hiel en llamas contra los cristales
que, renegridos, nos dividen,
las estrellas entonces
suelen vernos llorar.

Hoy la mañana nos encuentra
jugando
a que él
desde mi corazón
en su sonrisa me derrite.

Tigre

Indiferente
es
la dirección del eje de la tierra,
el orden
de los cielos,

en cualquier
latitud,
a cualquier
hora,

si con barrotes
de cárcel
o tempestad de látigos
cruzas el fuego elemental.

De mi padre y su estrella

*Hoy que anda bajita
voy a lazarla,
y liliazul del techo
será mi lámpara.*

Pero ya en el jacal
dijo la estrella:
*no seré tu farol,
sino tu estera.*

Éste es el secreto
del nombre mío.
El mar lo borra,
pero en la arena el sol
vuelve a escribirlo.

Es lo mismo de siempre

Es lo mismo de siempre:
la luz que descongela sus caballos
bajo el agua de rosas de tu risa.

Tu tajo de brillantes que se enraiza
en la aridez del sueño
y lo iza, lo esplende, lo despliega,
talar de su corola.

Es lo mismo de siempre. El mismo estar
fuera de mí por un instante.
Después el cotidiano
ir enredándome los pies
en este mediodía
que tu recuerdo mana de mis ojos.

Doro de pentagramas

Doro de pentagramas
la noche,

y crezco
contra sus muros
mi partitura
de linternas.

—El mismo
jubileo
de la risa,
que se goza
danzándose
sobre el cadáver
de su rostro.

Neblinas rosa desde las raíces

A veces en mis sueños
soy el durazno florecido
que atisba en la distancia
a los adolescentes que se besan.

Neblinas rosa desde las raíces
por besarme con ellos
entre azules con filo me atiranto.

Hasta que sólo soy
el discreto trasunto de ambrosía
con que la atmósfera se embriaga.
Entonces de improviso
ando besándome con todos
en los besos de todos.

Que no traiga el cartero

Que no traiga el cartero a nuestra casa
una esquila de luto
por el pan que se ha muerto.

Que nunca deje el agua
de subir la escalera
alegre,
clara como niño
que vuelve de mañana del colegio
porque no tuvo clases.

Que estrene el tulipán su boina diaria.
Que solfeen la aurora los canarios,
y que nunca lloremos
una silla de más en nuestra mesa.

Este relámpago

Este
relámpago
lo enciendo

no
para
que
lo entiendas,

sino
para
que ardas
y transfulgures
de
él.

Imagina que fuera

Imagina que fuera
una fogata tonta
obsesionada en arrojarse al mar.

¿Dejarías intactos
los rescoldos traviosos de mis pies?
¿Harías un declive de tus dalias
para que yo rodara suavemente?

Pero,
¡no!
Si alguna vez yo fuera
una fogata tonta
empecinada en desdeñar tus brazos
déjame que me ahogue en el mar.

L as odaliscas de tu corazón

Las odaliscas de tu corazón
alardean de azul y arco iris
contra los nardos
de tu puerta.

Psicodislépticas de oficio,
se atreverían a negar
que el mediodía mana
también de las corolas.

Pero son picaflor que no se sacia:
ahora, por ejemplo,
andan que se relamen la sonrisa
del nardinato trifosfórico
que chorrean los marcos de mi espejo.

E ste traslunerío

Este
traslunerío,
en ocasiones
verde agrio,

enraiza
sus azogues
en madreporas
de infinito.

Comprendo, y no me hiere,
que para los establos
su caleidoscopía
a nada
corresponda.

Creció el mediodía

Tiritaban de frío en mis espaldas
las últimas estrellas
cuando fui a buscarte.

Creció el mediodía
hasta brillar su punta
al otro lado del cielo,
y yo seguí buscándote.

Hoy...
cual se desbordan hoy
de tus rosas mis brazos.
Pero mi sol ya sólo tiene
un puñado de sangre
para decir adiós...

Garra de fuego

Garra
de fuego
para incandescer
cerco a cerco
los muros
de la imagen.

Garra de fuego, y hasta nueva música
incendiazón
los clarines.

Pero ahora
estamos
a las puertas
del alba...

Ángel

Cometa, y ya. Lo de la antorcha en alto
con la tolvanera
de ojos
que la prolongan
o que la persiguen;

lo de los cielos
estofándose
de los iridocalcos de su trompeta,
cosas son de nosotros.

Igual
que los pedazos
de deleite en que saltaríamos
al roce más discreto de sus alas.

En los días aquellos

En los días aquellos
los emisarios
de los príncipes
andarán amputándote las manos
para injertarte vara de poder.

De cardenches y perros
encenderás entonces
el pretil de tu casa:

Para comensales de pólvora,
y en manteles de pólvora,
a carcajadas esta
vinajera
de llamas.

Se contrae el tiempo

Se contrae
el tiempo
transparencia
a la medida
de mi azogue:

Esfera
mágica
yo mismo

en que cualquier figura
es
el caleidoscopio
total.

Pulso de plenhollín y plenilunio

Pulso de plenhollín y plenilunio,
de la vida y la muerte,
del ser y del no ser.

Contienda entre la noche y la luciérnaga
en que la noche quiere ser más noche
y la luciérnaga más tiempo,
más espacio, más esplendor.

Yo me pongo a temblar frente al espejo,
que a ratos
se vislumbra
un puro
mediodía
congelado.

Solsticio de invierno

De las bengalas y los musgos
convergentes a una
en la flor
que sonríe,
los comerciantes dicen muchas cosas.

Yo simplemente espero
que arremeta la flor,
que se agigante,

y que el árbol,
el cielo,
y el corazón en que se arrulla,
no se distingan
de ella.

Pausa de horror por Tlatelolco

Todo se fue poniendo blanco:
Los niños amortajados
en la última leche de sus madres,
la lista de los amigos,
la lista de los hermanos.

Todo se fue
poniendo blanco.

Cuando el arcángel último
petrificó su desangrío
tras una lápida de hielo,
el gran dador de la muerte
hizo sobre la selva
un aspersorio de palomas.

Pausa vacío

Hasta la lava misma de los huesos
desollazón
que fosforesce
navajas,

aros
de humo
discurrimos.

Aros horror...
—Sortija
con diamante
de hiel
sobre los dedos de la muerte
la luna.

Contrapausa

Mas yo también haré
del corazón
sonaja

cuando el oro
en fusión
con todo y carne
se los arranquen
a pedazos.

—Antífona:
De sangre
de sus pueblos
ardieron
en sus túnicas.

Pausa final

Luna abierta
de brazos
entre las balas
y el orgullo
de los que padecen
por la justicia.

Luna
tendedero de sangre,
y de rabia.

Juro
que por besarte
nos seguimos
besando.

Mi ángel es con alas de lechuga

Mi ángel es con alas de lechuga
para encenderme sueños lindos
desde el revés
de la almohada.

—Mi ángel son los muros
de la caverna transazuleciéndose,
y de improviso al centro el mediodía
en desangrío
de mis besos.

Pero ahora mi ángel
llora por la azucena
que besándola y todo se nos pudre.

Quizá

Quizá
no digo nada;
pero arde
el tintero,
y el papel,
y la pluma;

arde
la subsintaxis;
las subespecies
arden,

y es por eso
que escribo.

Minerías

Al alba los mineros hierven de entre las piedras
en furgonadas de cocuyos
que se despeñan por la loma.
—Mi padre fue minero: Éste es su cotense,
y éstos los carburos de su lámpara.

Pero mi padre se perdió
entre la danza de las malaquitas.

Mi padre... Mas al alba los mineros
hierven de entre las piedras
en furgonadas de cocuyos
que se despeñan por la loma.
—El mediodía me deshíela
en cruz, sobre dos rieles pintados en el suelo.

Niegan que sea tu imagen

Niegan
que sea
tu imagen,

y
no puedo
mirarme
en
un
espejo

sin que
el
espejo
arda.

Esta noche también

Esta noche también podría ser
el acantilado
de humo
en que con un cinturón de sangre
la luna se degüella.

La gran tensión que enciende
resplandores de púrpura
en los perímetros de todo,
urgencia
inaplazable
de muerte,

habría rebasado
el límite de toda resistencia.

Junio procesional

Se nos descuelgan con los desangrios
verdiamargos
de Dios,
y discurren de alas por la tierra:

Pródromos
calosfrío
del relámpago.

Pesan sus ojos aquí,
e igual que trigales
de parafina bajo el sol
los rostros
de la muerte
se derriten.

Ahora se comprende

Ahora se comprende:
sólo podemos ser hermanos
la desesperación
y el filo
de la daga.

—Los aleluyas del relámpago
contra los lodos
en que la matriz
de las tinieblas
se repudre.

Pero yo anuncio aquí
la luz
que no se gasta.

Azul

Claro
que licorera
de zafiros
que arde.

Claro
que *negligé*
de la estrella
del
sur.

Claro
que de cortante
el llamerío...
azul.

Y de ninfas y ángeles

Cuando por las grietaduras
de la caverna
el corazón atisba
la luz de su nostalgia,
es el vino final
contra la luz sobre los manteles.

—Es el doncel de lluvia
desciñéndose el pozo
para el connubio solsticial.

Yo me acongojo por mi corazón
en desangrio de zamponas,
y de ninfas y sátiros
que desolados lloran como él.

No me preguntes mi nombre

No me preguntes mi nombre,
ni mi edad,
ni mi origen,
ni el color de los ojos
de mis padres.

Me tiro aquí
sobre el abismo
para que sobre mis espaldas
lo cruces,

y que la estrella
se funda
en el esplendor
de su espejo.

Jeria canicular

La prosopografía de las nubes
es la memoria gráfica del cosmos:
la Lemuria, la Atlántida, Sodoma
y su estatua de sal,
todo fluye a través de sus imágenes.

Ésta que ahora me extasía
deslumbra del relámpago y el perro
que le lame los pies.

—Mientras deslumbre adentro
un ángel me restriega
los labios con su brasa,
mi fruición reconoce: No es el ángel
quien me pasa la mano por el lomo.

Deslumbre

Somos dados a luz,
y de improviso comenzamos
a desvestir de humo
y de distancia
los objetos.

Pero en algunas ocasiones
el esplendor
se intensifica tanto
que todo
lo diluye.

Penetradas de nuestro mediodía
las cosas
desaparecen.

En el jardín de las Hespérides

En el jardín de las Hespérides
el hidrargirio donde cada gota
es la sangre
total
definitivo resplandece:

El triángulo
del fuego
se bifurca
hasta besarse con el sol.

Yo descongelo teponaztles
y pirotecnias de vino
porque sé que la aurora
no será solamente para mí.

Poesía

Si las untan
de cárceles

y a través
de las grietas
las fogatas
todas
se toman
de la mano,

y también
las paredes
y los barrotes
arden,
esto es poesía.

Este aquelarre de crisólitos

Ahora las estrellas
andan desnudas revoloteando
entre los alhelies de mi huerto.

La más mía de todas
enciende una crátera
del vino que nos gusta
en cada gota de rocío.

Yo sé de filtros en que las antorchas
de los arcángeles se atascan.
Pero ahora, quién sabe:
Algo de nuestros besos
arde definitivo
en la sonrisa de la luz.

Mármoles

Mármoles,
pero ahora suspendidos
en un esplendor suave
apenas compatible
con la meditación
y con el sueño.

Partenón
submarino.

En algún punto
suyo,
mi monólogo es
un farolillo
imaginario.

Vitral

El esplendor, el aura,
de los estambres y los gineceos
se adelgaza,
se afila,
y penetra las carnes de la noche.

Cuando hechas pedazos
saltan sobre su punta
las obsidianas de la compuerta,
la luz chorrea por las caras
y por los filos
del perfume.

Desbordada de incendios la corola
ríe igual que tú.

Tú en espiral, oh luz

Según las leyes de la genética,
*“la función hace al órgano.
Órgano que no funciona
se atrofia”,*

está por aparecer
una especie de podre holosexual
fenestrado de múltiples ventosas
ávidas
y capaces
de succionarlo todo.

Tú en espiral, oh luz,
de escalarte a ti misma,
tendrás misericordia de nosotros.

Condensaciones, simbolismos

Condensaciones,
simbolismos,
la toma de lo uno por lo otro.

Pero
lo único
evidente

es que ninguno
de sus parámetros
puede
aplicarse
con fruto
a la dinámica
del sueño.

Parque

Algún día
de éstos
habré
de regalarte
un aro
de Saturno,

y tú
podrás
rodarlo.

Porque infinito
también son
las avenidas
de mi sangre.

De la copa y el vino de que ardo

Me gustaría soslayar
que la copa y el vino de que ardo
son la culminación anticipada
del proceso en que todos consistimos.

La variable sería
cierta hipotética proclividad
de los fotones a consolidarse
sobre el vacío de lo que se sueña.

Hoy el espejo que a Maitines
fue lagar
de crepúsculos,
sigue aquelarre de rescoldo a Vísperas
en todo cuanto digo.

Pero que conste aquí

Veía un fogón donde a las doce
en punto de la noche
ardían las ciudades,
y amanecía diario
colgando del minuterero.

Soy la polilla de los almanaques
e ignoro el espacio-tiempo
de este criptograma.

Pero que conste aquí:
Mientras los brazos
no se me reventaron,
el reloj no pasó
de las once cuarenta y cinco.

Engastes

Éstas son
las molduras
de mis pasos.

Llana
y sencillamente
molduras.

Si el sol puso
rajuelas
de su rostro
en cada una
de ellas,
culpa será
del sol.

Falcones

Amanecían
destazando estrellas.

Sin tesitura, sin color,
sin área,
sin facciones,
eran la quilla
de las tinieblas.

Pero borbotaron
la sangre
hasta encenderse de ella el rostro,
y ahora
las estrellas
los conocen.

Desde cierta distancia

Desde cierta
distancia
la superficie
de la tierra
es

una marisma de luciérnagas
a reventar
de esqueletos.

Yo me pasé la vida imaginando
una
descarga eléctrica
que los pusiera
de pie.

Se imagina la noche

Se imagina la noche
con sus antorchas recién lavadas
todas alrededor de tu mesa.
—Se imagina, y se revive.

También yo
me imagino
que se me quema
la ropa,
y el reloj checador,
y el capataz,

y que ando
por entre los floreros
jugando al mediodía con ustedes.

Vivir es restregarse

Vivir
es restregarse
de pared
en pared
esta cáscara
terca
de ceniza.

Quedar
rescoldo al viento
cada instante.

Menos rescoldo
siempre; pero siempre más brillo.

L a hora del relámpago

La hora del relámpago
pudiera ser la transazulecida
clarividencia del tungsteno:

Los cempasúchiles intercambiando
guiños con la tormenta,
los reclusorios y su romería
de candelabros verdes
hasta la cruz del sur;
todo en un trance súbito
de lucidez total.

Aunque también pudiera ser
este lago de vino,
donde los astros se besan.

H ieloazulaques arriba

Cada solsticio de invierno
hieloazulaques arriba
el nevado flamea nubarrones
como vientres de tigre.

En ocasiones una
fogata bugambilia,
ojo manado casi, se trasluce
bajo las nieves de la falda.

Esta noche,
diríase
tirando de mis pies,
un pasadizo de canarios
hasta la fogata se enciente.

*D*e parcela en parcela

De parcela en parcela
por los algodones del cielo;
de candil en candil, de poste en poste,
hasta la palmatoria
del último cocuyo,

así con su costal
de copos mercuriales
se hundió en el océano.

Nadie amenaza ya con el retorno;
pero a ratos el cielo
reconfigura sus facciones,
y la marea es
una andanada de cuchillos.

*L*as abejas trabajadoras

*Las abejas trabajadoras
perfeccionamos un panal
que a partir de sí mismo y por sí mismo
mana ríos de miel.*

*—Se reconstruye, se recrea
en sus funciones cada alvéolo.*

*Pero ahora la reina
y los zánganos
andan pensando en la superabeja.*

—Me reincorporo, y exprimo
de sangre
la almohada
por las cosas que sueño.

A tiranta su brillo

Atiranta su brillo
la intimidad
de luna
de mi cáscara,
y aquellarre el fenómeno de Tyndall
cabrilla
de azules.

Muerte
por empedramiento
de astros...
Pero aquí ya tampoco me distingo
de la llamarada
de que me cuelgas.

De la lumbre y los fillos de su rostro

Los novilunios en retorno
de vendimiar sus sueños
deslumbran de dorados en sus fillos
que la cepa no avala.

Se corrobora lo de los espejos:
Cada lágrima es
la viva imagen de por quien se llora.

Yo por mi parte
hieloverde abajo
lo sangrenciendo sin pudores:
Agonizo besándome
las deshilachaduras
de la lumbre y los fillos de su rostro.

Pozo de las antorchas

Pozo
de las antorchas
desolladas.

De los luceros
que se descuartizan
en busca
de sus ojos.

También en el principio las galaxias
languidecían
asfixiándose
en un puño
apretado
de carbón.

Como es arriba es abajo

*“Como es arriba
es
abajo”:*

Norias de lumbre
y
hacia todo rumbo
relámpagos.

Sistema de luceros
intercomunicantes
es
también
nuestra casa.

Soy el durmiente

Soy el durmiente
que transpira
como erizo de lumbre
su sueño.

Ataúd
de obsidiana,
que trasuda
centellas.

Pero aquí ya también
la jaula
se transmuta
en el canario
de que se quema.

Laudes de adviento

Mi amor está tejiendo
una llamita azul,
y todos los luceros, cogidos de la mano,
danzan: ¡Téjenos!, ¡Téjenos!,
contra los vidrios del balcón.

Mi amor teje que teje.
¿Bajan o suben las estrellas?
¿Bajan o suben?...
Ay, amor:
Toda tú te me has vuelto
una llamita azul.

—Por su sangre navega hasta mis labios
un barquito de luz.

Candlebro

Candlebro de mil y una llamas
quise llevar por nombre,
y mil y un diamantes
con un sol en el centro cada uno
colgaste
de mis brazos.

No.
No en trance de hiel alucinada
de arco iris y llovizna
las arenas del salmo.

La eternidad.
La cúpula del fuego
en que te reconoces.

Visión en sol mayor

Todo empezó con aquel nudo
de llamaradas
verdiazules
en que de pronto ardió
hasta sus marcos el espejo.

Cuando el azogue se rehizo,
deshilachaduras de escarcha
discurríamos
por el cielo,
y pienso que el mediodía
manaba de nosotros.

—Abajo el tiempo era
una serranía de almagre.

Ahora los espejos

Ahora
los espejos
de improviso convergen
en una flor
de cacto
que se cierra.

Equitativamente
arden.

Equitativamente
de su esplendor
y de su música
unos con otros
se compenetrán.

No tuve más que luz

No tuve
más que luz
para vestirme.

—En rigor sólo tengo
ese potro
de azogues
carmesíes
con seis alas
de música.

Pero aquí
se quebró
una taza
de soles...

PENTAGRAZUL

ntimidad de la rosa

1

En el tazón de su llama
la rosa parece quieta:
el carmín que la sujeta
no tiembla, no se derrama.
Es la rosa que proclama
el tacto ciego, la rosa
exacta que no rebosa
el esplendor que la fija:
se monta en una sortija,
y es una piedra preciosa.

2

Y es una piedra preciosa,
pero de conflagraciones:
pues en ella las tensiones
entre abismo y nebulosa,
luz y antiluz, en tal briosa
lid a muerte andan trenzadas,
que el carmesí en andanadas

que a la corola precisa
vitral de sangre insumisa
suspendido en llamaradas.

3

Suspendido en llamaradas
negación de otro vitral
que niega a su vez triunfal
otro en contiendas pasadas:
a negaciones negadas
progresas el ser, y es la rosa
culminación procelosa
de esta anábasis urgente
donde la luz en presente
por ser más luz se destroza.

4

Por ser más luz se destroza,
oh luz de sí misma escalas:
tal tira de sol con alas
se sueña la mariposa
ayer crisálida, airosa
vocación hoy de centella.
Yo sueño a veces como ella
que calabozos derrito,
y así a mi pañuelo agito
desde el centro de una estrella.

5

Desde el centro de una estrella
o de estrella, es decir
la pira en que el devenir
consumada su epopeya
tras un relámpago sella
los tiempos: descomunal
azul que en un charqueral

de ardientes ojos se crispa.
 Pero aquí ya cada chispa
 es la fogata total.

Vitrales

1

El niño quiere una estrella,
 y está de estrellas el agua
 que pirotecnia, que fragua,
 de luces a cual más bella.
 Mas de improviso acentella
 luz como nardo en retozo,
 y hasta el cenit de alborozo
 toda el agua mediodía:
 mi lamparín de alegría
 está asomándose al pozo.

2

Cendal de aromas, tomillo;
 de azules, yedra del campo.
 Sonaja mi crisolampo
 del impudor de su brillo.
 Ay, tulipán, si amarillo;
 si carmín... Mientras veleros
 sobre su gracia hilanderos
 de añil mis labios, las rosas:
Tiene la gente sus cosas.
Que vestir a los luceros...

3

No más *mi padre me acuna,*
y de improviso el espejo

*neblinas de vino añejo
que aduermen rayos de luna.
No más de pie la laguna
luz con mis mismas facciones.*
Entra mi niño en razones;
contempla el cielo; suspira,
y donde quiera que mira
florecen constelaciones.

4

Este deslumbrante, alado,
lagar de sueños que aquí
me trasluce cual rubí
con un sol en el costado,
puede haber sido soñado
por ti, bajel de ilusión
del austro, del septentrión,
de éste o cualquier continente,
yo tan sólo humildemente
lo arrullo en mi corazón.

5

Es la noche. Largos, fieros,
crecen los lobos aullando:
unos con otros temblando
se apretujan los luceros.
Nos armamos caballeros
y hasta la noche en retazos
blandimos por los ribazos
ángeles fosforescentes:
los lucerillos sonrientes
duermen contigo en mis brazos.

Juego espiral

1

Te traslucen llamarada
hasta los pies de amapolas,
y amor, rehilete a solas
en su espina acidulada,
culmina en sangre incendiada
los ocres de su desvelo:
De dulcedumbre en deshielo
rubí que soles desblinda,
sueña que contigo enguinda
de aromas y lumbre el cielo.

2

Mas de hollín tras ramazones
te conjetura mi azoro
crisorrelámpago, oro
de alas en colisiones,
y canario en igniciones
urjo de mi frente el día:
Forzarse luz a porfía
en función de luz extrema,
luz conquistada el poema,
esto es la poesía.

3

Yo no soy estrictamente
más que un poco de esmeralda
tensa del pecho a la espalda
de luna en cuarto creciente.
Pero aquí tracción de ardiente,
ruda, de imanes pupila,
mis lunarios desperfila,

y hasta el lucero más alto
restallan contra el asfalto
fogones de clorofila.

4

Surtidor hasta el abismo
azul en plata incendiado:
zafiro en fulgor grietado
y la grieta el espejismo
del ser que es ser por sí mismo
sin superficie ni centro.
Azul... En pavor me adentro
por este azul sin medida,
y luz jamás presentida
viene desnuda a mi encuentro.

5

Pero aquí conflagración
de iridiscencias, igual
que hirviente escarcha nupcial,
se deslíe en el tazón
de salmos a cuyo son
en dulcedumbre suprema
el fuego se acrisantema
y el aroma se afogata.
—Ternura en unción recata
el rostro de quienes se quema.

Aires para cantar en las cosechas

1

Hacen falta mariposas,
 y abejas y colibríes,
 para tantos alhelies,
 para tantas malvarrosas:
 hasta el cenit las carrozas
 purpúreas del verano
 revientan de sol en grano,
 y... rarendida estrella roja
 que aquí se nos despanoja
 en la palma de la mano!

2

Girasol de mi ternura,
 gira, gira, girasol.
 —Gira mi pecho, arrebol
 de ascua en desolladura.
 Savia de luceros dura.
 Savial que todo alucera.
 —Aquí la luna cañera,
 nardo en quemazón, fogata:
*Ay, solerío escarlata
 de besos por la pradera.*

3

Con cascabeles de oro,
 con ajorcas de cristal,
 amapola del trigal
 donde trigos de luz doro.
 Trigal que sangre de toro
 por lagos de hiel rodando.
 Trigal espinas quemando.

Trigal... —Por el aire amigo
las amapolas y el trigo
van con nosotros bailando.

4

Ay, cuán de rosas cubiertos,
cuán los labios de ambrosía.
—Sembramos nuestra alegría
en surcos de amor abiertos.
Canción de los valles muertos:
*Relámpagos labradores
izaron sus resplandores
en nuestras ruinas dolientes.*
—De los cinco continentes
suben veleros de flores.

5

Esta aurora sus filones
carmines laúd; y alas
cabrilleo por escalas
arco iris las canciones.
Esta luz... Y farallones
de lava rugiente, altiva:
*Homenaje. Siempreviva.
Siemprellama en cielo raso
para el gran sol sin ocaso
que en su pecho nos cultiva.*

Ronda del alba

1

Se enesquilan los rastros,
y ante el jazmín que lo brilla

toda la luz se arrodilla
para besarlo en los ojos.
Corcel de sol en manojos
al viento en fragor las crines,
altos de seda y clarines
iza a mis trigos tu aurora:
Yo quiebro por esta hora
mi cántaro de violines.

2

Si me buscan, nardo hermana,
nardo de sangre las huellas,
estoy afilando estrellas:
Que vuelvan por la mañana.
Y enrarecida obsidiana
galopan los instanteros:
Que escarlata en reverberos
de su costado a raudales,
luceros no, que puñales,
suben y suben luceros.

3

Un solo hollín es la sombra
y una luz los soles todos.
—Mi sol desde los recodos
del alba hollines escombra.
Luz, para nombrarte, alfombra
la lengua y resquebrajada.
Luz, mi luz... Y en su mirada
hollín yugo, hollín destrozo,
todo naufraga en el gozo
de la luz unificada.

4

América carmesí
de mi rabia y mis anhelos.

América de Morelos,
de Bolívar y Martí:
Tú dices qué haces de mí.
—*Tú lo dices, novia clara.*
Y América hollín la cara
fugitiva por los Andes:
*mis hijos cuando sean grandes
que sean como el Che Guevara.*

5

En su llama, nardo en flor.
Flor de cafeto, ¡en su llama!
—Mi sol por su herida brama,
y centellas su estertor.
*No me llores, pescador;
toma en tus manos mis remos.*
Y a coro los crisantemos:
¡En su relámpago!, lilas.
Carmín que hieles titilas:
“Patria o muerte. Venceremos”.

órtico sueño

1

De relámpagos la pluma
discurre aquí a borbotones,
y tigres en llamazones
lava en hervor desahúma.
Sueño, enardecida espuma
lapislázuli... Destejo
de azules el desmadejo
brillo por brillo, y de alas
alguien azul borda escalas
con los rescoldos que deajo.

2

Con los rescoldos que dejo
traslucirse a mis espaldas
para que sol de esmeraldas
me dance desde el espejo.
Mientras el verdor que aquejo
verde flamea la laguna,
desgreñada igual que una
pulsión de oricalco ardiente
protogalácticamente
gira y se expande la luna.

3

Gira y se expande la luna
retrotrayendo guarismos
y estructuras hasta abismos
de consistencia ninguna.
Desandado hasta mi cuna,
y más, en rubí lejano
me asumo inquiriendo en vano
cómo vendarme esta estrella
que transfulgura, acentella,
en la palma de mi mano.

4

En la palma de mi mano...
Mas aquí luz de algún modo
extraña penetra todo
y lo esplende meridiano.
—Diseco plano por plano
grutas, tenebrarios, fosas,
y cierto: todas las cosas
del color de sus esencias
deslumbran con transparencias
vivas de piedras preciosas.

5

Vivas de piedras preciosas,
casi con pavor reitero,
y es la lengua reverbero
de alas azules, rosas.
Y también de jubilosas
esquilas en llamazones
si lo repienso furgones
brasa el cerebro rezuma.
De relámpago la pluma
discurre aquí a borbotones...

*C*intilogramas

1

La niña no está. —Montuna
gata de argéteo pelaje,
liliazul tras el ramaje
me guiña un ojo la luna.
No se halla en parte ninguna,
finge amor mientras hacina
mueble tras mueble. Neblina
que un sol amortaja estulta,
del nardo en ardor que oculta
fulge hasta arder la cortina.

2

No la alcanzo, me acuchillas
desde los hombros: Un verde
de lumbre amarga me muerde
pesado por las mejillas.
Te rehago en mis rodillas.
Te pinto en el suelo un tren
hasta tu estrella... Y qué bien

que arguyas ya sin complejos
que los astros son espejos
en que los niños se ven.

3

Para que juegues con ellas,
(de los canarios que acalla
aquí la lengua restalla
en carretadas de estrellas),
este mural de centellas
a imágenes tuyas hecho...
Mientras lo firmo y lo fecho,
de los iris con que brillan
los ángeles agavillan
relámpagos sobre el techo.

4

Es tonta la bugambilia.
La alíñas tú, y ella terca
desgreñada por la cerca
de tus ternuras se exilia.
Rescodo al viento en vigilia
de sobresaltos me auguro...
Bajo un sol de dardo duro
que en sangre el azul deslíe,
la bugambilia sonrío
sobre las cales del muro.

5

Con mi bárbara cerrera
brazada de firmes puras
solares astilladuras
voy que trinos la escalera.
Qué peso de luz entera.
¿Será que en su ardor la vida
anda total encendida

en cada farol que gasta?
Te beso, ríes; mas basta:
Hay que creerte dormida.

P or las estrellas altas

1

Sus manos vienen bogando
por dos vertientes de luna.
Sus manos son una cuna
con que el cielo está jugando.
Bajel caricia rodando
atmósferas de alhelí:
para qué príncipe, di,
tanta seda y desde cuándo.
Y yo me duermo soñando
que la cuna es para mí.

2

Dos charquitos de luceros
son esta noche sus ojos.
—Alud en llamas de hinojos
mi boca por sus senderos.
Noche de reyes joyeros,
si ronda y por mi balcón,
nardos de la Anunciación
delgaditos tus jilgueros:
dos charquitos de luceros
duermen en mi corazón.

3

Qué selva de madrigales
la que mis labios transita:

su nombre es una cajita
de requiebros musicales.
Y ni seda de rosales
que mi sorpresa no alfombre,
ni trino que no se asombre
ante mi sed cuando llora.
Y todo porque esta aurora
aprendía decir su nombre.

4

Su amor madruga en mis lares
saludos de aguaflorida,
y es mayo, mi bienvenida,
rebañito de azahares.
Feria de espigas lunares,
qué más quieres, corazón.
Y es mi alma en procesión,
lino en pos de sus aromas,
pastorcita de palomas
de primera comunión.

5

Mi amor quedó prisionero
en una marea de arrullos.
Oh nave los labios suyos
y en el alba el derrotero
de mirra. ¿Con qué alhajero
más de pléyades latido
ilustraré el contenido,
sueño, de que me rebosas?
Y escarcha en ardor de rosas
mi amor continúa dormido.

Ante todo un ángel

1

Un ángel es simplemente
cierta fogata en retozo
con un iris de alborozo
que no le cabe en la frente.
Los relámpagos serpiente
que verdean su cintura,
la hirviente cabalgadura
de crepúsculos, la espada
como guinda en llamarada,
son cosas de añadidura.

2

Se comenta en ocasiones
del ángel que, mayoral
de catástrofes, vitral
de ascuas en colisiones,
programa transmutaciones
sangreluz. Mas si a porfía
la sangre su ardor desvía
y lodazales adviene,
él sólo es la luz perenne
que en su gracia se extasía.

3

Yo también a mi despecho
vislumbro noches polares
que asestan petróleo a mares
contra el mar. El mar su lecho
descerraja trecho a trecho
de hornos en andanadas,
mientras de un rayo a horcajadas

colosal, oro en creciente,
 atisba el ángel sonriente
 tras la reja en llamaradas.

4

Pero el ángel... ¿Quién si dura,
 seca, soledad transpira,
 por dondequiera que mira
 connardos de su ternura
 no promueve? La luz pura,
 de connardos en proclama,
 así acontece esta llama:
 en ella, inefable goce,
 no sólo otredad conoce;
 sino que amada se ama.

5

De fiebres en desmadejo
 guiño un ojo, y escarlata
 guiña también la fogata
 un gran verde en el espejo.
 Ángel... Frunzo el entrecejo,
 y él hace igual; lo persigo,
 y él me acosa; adiós le digo,
 y adiós él. Se va alejando.
 Me alejo. De vez en cuando
 vuelve el rostro y ríe conmigo...

Witral de mi muerte

1

De cara hacia el mediodía
 luz también ya el calabozo,

arco iris de alborozo
se anuncia la estrella mía.
Luz también. Cómo podría
resultar de otra manera,
si mientras luz prisionera
mi luz araña por dentro,
la luz que viene a su encuentro
está arañando por fuera.

2

Faroles piedras preciosas,
(lumbre hasta los pies de lilas,
de nardos, de clorofilas,
de crisantemos, de rosas),
hirvientes fluyen las cosas
por el clariazuledal
de un gran solsticio campal
cuya fulgencia absoluta
las suspende y las transmuta
en su brillo elemental.

3

Hay las cosas rezagadas,
lumbre de ciega basalto,
que antorchas negras en alto
promueven encrucijadas
contra el verde en llamaradas
que azul tras azul se anota:
el verde, visión remota
del sol que lo solicita,
en pirotecnia infinita
sus verticilos explota.

4

Por eso de trecho en trecho
la luz asume medida

de arcángel; se consolida
espada roja en acecho,
y entonces lo contrahecho,
lo que obstruye, lo que pesa,
es reducido a pavesa:
El fósforo resultante
viene a ser fertilizante
para la luz que progresa.

5

Pues rescatándose adviene
de estructura en estructura
sol que en la dureza pura
de sus rayos se sostiene,
y nada en forma perenne
su ardor de este fin desvía.
De cara hacia el mediodía,
luz también ya el calabozo,
arco iris de alborozo
se anuncia la estrella mía.

’Επαφος

1

Una gota de rocío
renegrada. Poco a poco
luz y más luz hasta un foco
deslumbrante, pero frío
de inconsistente, sombrío
de tan sin voz. Trecho a trecho
la luz coagula su pecho
en cardúmenes de soles,
y es el tiempo: entre arreboles
de alas, jazmín me acecho.

2

Ζεὺς Ἀίως, nombra en su origen
este deshielo de rosas
de donde todas las cosas
y las leyes que las rigen.
Bien los lingüistas coligen:
Dies, (tardío): el día,
el cielo crisol, sería
sólo ilustración grosera
de aquella prístina hoguera
de que todo emanaría.

3

Mas de pronto a la ecumene
solsticial, (el tiempo esfera
en donde el *será* y el *era*
son *es* en fulgor perenne),
Ἄρης pragmático adviene,
y ángel soy, por eso lloro.
Aquí cautín en desdoro
el espejo se oscurece,
y en su negror se ensangrece
un murciélago de oro.

4

Tal el hollín impostura
que nuestras hieles afila,
(*solvet saeculum in favilla,
mors stupebit et natura*).
Tal... Rehecho en mi ternura
me destató usufructuario
del gran crimen del calvario.
El azogue se reenciende,
y en sus hervores esplende:
Mayo veintitrés, Acuario

5

Muy más cerca, se diría
saltando casi el espejo,
frente al deslumbre bermejo
de ara que escalofría
se concelebra: la orgía
humo y nada de repente.
Intuyo el plan descendente
en su cúspide abisal.
Un como airoso vitral
relampaguea en oriente.

Luna de Eleusis

1

Este azul de Epifanía
que andamiaje iridiscente
iza todo transparente
y en embriaguez de ambrosía;
esta noche, (¡mejor día!),
tan mal el blindaje apresa
que el tigre es llama en la mesa.
Yo, de alambrados oriundo,
me deslío y me difundo
quién sabe en qué extraña empresa.

2

Quién sabe en qué extraña empresa,
pues estrato por estrato
me revierto: sin recato,
ya *Brahmá* y su dehesa
se vislumbran pura espesa
azulosa resolana.
Mas de pronto, (¿garfios, liana?)

mi *catábasis* se apiña.
Algo sonrío y me guiña
la estrella de la mañana.

3

La estrella de la mañana...
Baja, y me beso con ella.
Algo nos hunde en aquella
escalofriante semana
de junio, cuando de grana
la luna en cuarto creciente.
Conjunción quetzalserpiente...
El relámpago guiñado
salta en estroncio azulado
las trincheras del oriente.

4

Las trincheras del oriente
que contra la Bestia en brama
los renuevos de la llama
crisparon celosamente.
—*Urgirás intransigente*
la miel que tu penca ablonde.
Alguien, todos saben dónde,
en tenebrarios tatuados
con cuernecitos morados
del relámpago se esconde.

5

Del relámpago se esconde,
pero hasta en sus escondrijos
con sangre de nuestros hijos
brinda y a brindis responde.
Que ahonde su hiel, que ahonde
abisal en su agonía.
Mas aquí sin peso el día

despunta *anábasis* todo,
y cada quien a su modo
este azul de Epifanía.

Tablillas de Hircania

1

Desbarrancóse amarilla
desde sí rama por rama
del heliotropo la llama
y se besó con la arcilla.
Besarse, se desternilla
de risa la mariposa,
y la secunda la rosa,
es una actitud primaria:
un ángel, una araucaria,
se besan con cualquier cosa.

2

También cinabrio en cotejo
de estramonios y retamas
se besó con otras llamas
que eran como su espejo.
Fue sólo un año cangrejo
cuando por hembra o comida
se convirtió en fraticida.
Se dice que de repente
se le aciduló en la frente
una raya renegrida.

3

Y las fogatas hermanas
abundaron en lo mismo

hasta la duna espejismo
de ululantes obsidianas.
Yo eludo alquimias profanas,
mas, según fray Cinamomo,
ciertos vapores de bromo
evocan tigres que gimen:
*ser tigre es llevar su crimen
cuantificado en el lomo.*

4

Fue por eso, en mi opinión,
que aunque bengalí o ausonio
cada tigre es su demonio
y su propia perdición,
se entificó la noción
de la estría en general,
y se le mostró en vitral.
El vitral (*confer* Salegro),
era un relámpago negro,
pero en forma de chacal.

5

Hoy el sinedrio regente
proclama con alborozo
la institución del sollozo
torquemado eternamente.
Hay putas, *rock* y aguardiente.
Sólo en aquesta espelunca
un tigre de garra trunca
se arrupestra en su alarido:
*mejor nos hubiera sido
no inventar las rayas nunca.*

Παρασκευή

1

Merolica resbalosa
de la equívoca ambrosía:
fulges, pues grandes hoy día
te recaban con unciosa
nostalgia en la *Zona rosa*
no obstante que a Tertuliano,
aludiéndote, un anciano
le mostró cierta carboniza
hasta los sesos la mano.

2

Yo prefiero el tiempo esfera
a los tiempos circulares;
éstos son particulares,
aquél es como una hoguera
donde todo reverbera
simultáneo. Un gran rabino
dijolo: álef; Valentino,
lo objetivo icosaedro;
yo aquí lo aclamo con Fedro
el Protologos divino.

3

Pues bien, esto que aquí arde
y aúlla enrelampagado
como exorcismo morado,
(este morado, aunque tarde,
va a ser por López Velarde),
me restablece en el brillo
y la rabia del cuchillo
que antaño esgrimió la aurora.

¿Diferencia? El fuego ahora
es morado, no amarillo.

4

Y algo más, igual a perra
que los tábanos elude
se retuerce y se sacude
hasta estallarse la tierra.
Pobre sidosilla en guerra,
gemían propios y extraños.
En el ejido los Caños,
los Dióscuros por testigos,
celebro con mis amigos
mis... ¡No diré cuántos años!

5

Ya de regreso a mi hogar me aventuro en el espejo
muy más allá del conejo
de Alicia. Frente a un lagar
tornasol de titilar
celeste, en el mismo idioma
el geranio y la paloma
rumiamos esta balada:
rojiazul y hiel morada
fue la última Sodoma.

*T*ransfiguraciones

1

Talló al glaciar cierta nieve
linos de adiós en la faz,
y en un centelleo, más
sin consistencia que breve,

saltó su rostro en aleve
insurgencia de arroyuelos.
El ideal de los hielos
desde el desafío aquel
es ser savia, y vino, y miel,
para que chillen los cielos.

2

Una laguna de vino
(¿en qué griales esto hube?),
dijo *nube, nube*; y nube
paradigmática adivino.
Para vitral bizantino
pialo esta llama ojeruda
que en su alucinosis duda
si el tal vino no será
el mismo que siglos ha
el Getsemaní trasuda.

3

Eso viene a colación
porque no azogue en deslíe,
sino rayo que sonrío,
mi espejo en incendiazón.
Por si mi rostro el fogón,
danzo, giro en espiral,
y sigue la pira igual.
Reconozco compungido:
este jazmín encendido
no es mi ángel habitual.

4

Mas, en rigor, ¿hubo aquí
alguna vez un espejo?
Cierro los ojos, me dejo
remolcar por un esquí

de lunas secas, y sí:
mientras duermen mis hermanos
acaricio en sus arcanos
este deslumbre risueño.
Mirra y luz como en mi sueño
siguen chorreando mis manos.

5

Sellador que así nos sellas,
(arder de tu azul es todo):
yo sigo siendo a mi modo
aquel nudillo de estrellas
que por relamer tus huellas...
Tras nardos de hocico a cola
a sus plantas me acorola.
Mi perro entre muchos otros
danza: *Tú, Él, yo, nosotros,*
todos la luz una sola.

*C*osas del alba

1

Voy a chillar verdiamargo.
Este rojo de que hirviente
como guinda adolescente
sobre la cerca me alargo,
jamás discurrió a mi cargo.
Mi soledad sueña y grita:
vamos a tener visita,
y el sobresalto se hodierna.
—Hasta Sirio la caverna,
es un fogón de azurita.

2

Mi corazón arredoma
un arcángel y además
de mi perro, todo un as
de espadas, una paloma.
Mas mi arcángel anda en Roma;
mi paloma, por supuesto,
no se anuncia. En cuanto a Hefesto,
mi perro, si no mi sombra,
fijo al carmín de la alfombra
es una luna de asbesto.

3

No conjeturan en vano
quienes entre otros reproches
arguyen que ciertas noches
me han visto con el hermano
de Asís, Hipatia, Giordano...
—Para más hiel, pero espesa,
izo aquí sobre la mesa
esta rosa de castilla
que un marzo de maravilla
me obsequió santa Teresa.

4

Pero aquí tactos lucientes
como caricieras fraguas
sacian su sed en mis aguas
de su gracia iridiscentes.
Nos bebemos impudentes.
Un destiempo acelerado
me realerta... Desdichado:
Cuán, sin saberlo, de abrojos
porque sí desde sus ojos
hasta su boca he rodado.

5

Ya de púrpuras austorias
se me constriñe y confieso:
en rigor fue sólo eso,
crisis alucinatorias.
Tres alertas accesorias
del gallo, y se abre el cancel.
Surca la aurora un bajel,
y sus velas doce dalias.
Un manto y unas sandalias
sonríen desde el dintel.

eriplo iniciático

1

Ayer en San Marcos fiero
de gacelas, poco a poco
cierta chatarra de foco
se fue encendiendo. Primero
se aventuró lastimero
un como azul de luz fría;
luego, tal el alba día,
creció, creció y creció.
—El rostro que me sé yo
en su fulgor sonreía.

2

Mi Ἐσκλήπιος de cabecera
masculla psicopatías
siempre que mis teofanías
suplantán a lumbre entera
su realidad. Yo quisiera
redargüirle de locuras
que son más bien grietaduras

rumbo al sol de nuestro origen;
pero él grupe: *no lo exigen;*
reportaremos agruras.

3

Hoy amanecí dispuesto
a probarte que *farol*
es un solo en sí bemol
al que cualquiera está expuesto.
Te reasumes palimpsesto,
te atisbas, y poco a poco
vas esplendiendo hasta el foco
de los misterios. Afuera
entre alaridos espera
tu nombramiento de *loco*.

4

El tal nombramiento ampara:
sin aullar a lunas llenas
Ulises por aguas buenas
a Ítaca no tornara.
Mas tú recela la piara
y hazte de su hollín capuz:
los renuevos de la luz,
ládrese lo que se ladre...
De azules como tu padre
fosforesces ya tu cruz.

5

Ahora, si me permites,
tres curados de grosella
por el *cerro de la estrella*
fulgiendo tras los mezquites
como altar de chalchihuites
entre hogueras de zotol.
—Por el Este verderol

urbes nuevas se adelantan:
el Popo y el Izta cantan
la muerte del quinto sol.

C iclorama final

1

Desde el turbión de este vino
izado en tus resplandores,
(tal de tu azul surtidores
la πρωτηλη en el protino
crepúsculo levantino
de la sangre), hasta la esfera
total un punto cualquiera,
actínico este astrograma:
*quien ama, de lo que ama
es yunque y es torrentera.*

2

Es yunque y es torrentera.
Fuego, hervor de muchas aguas,
todo me remite a “*Fraguas*”,
que será, pues ni es ni era.
—Como por resbaladera
azulizo entre escuadrones
de alas. Por los pendones,
pienso en Domingo de Ramos.
Su *Arcángel* y yo brindamos
con tres tequilas zancones.

3

Con tres tequilas zancones
por los que me desañejo
hasta el Sol en que mi espejo
funde los siete fogones
primarios. —Tras nubarrones
de ensangrentada negrura,
charcas navego. En tu horrura,
gime Marx por quien se arrastra
tras la mierda que lo castra:
esto se llama cultura.

4

Esto se llama cultura.
Cianolampo en mis visiones,
ser culto en las dimensiones
de tan vil caricatura
verdiamarguece, enagrura,
mis andamiajes internos.
—Desempolvo mis cuadernos,
y sí, cabe recatado
in Gold we trust leo espantado:
y descendió a los infiernos.

5

Y descendió a los infiernos;
mas adviene el tercer día,
y aquí el alba profecía
de garras, colas y cuernos,
confluyendo cofraternos
en fogatas superiores.
—Contracanto: *surtidores*
de flautas todo camino
desde el turbión de este vino
izado en tus resplandores.

JASPE Y SARDÓNIX

‘Āleph

El mar irrumpe verde de cuchillas
en incendio; y tumbos adelante,
cabrilleo de azufres en menguante,
languidece de ascuas amarillas.

El mar si contra el filo de las quillas
o de los arrecifes jadeante
se pronuncia, su ardor verdebrillante
salta de candelabros en astillas.

El mar hiel y por siempre prisionero,
sonríe sin mirarme el marinero
mientras vira a la izquierda y en redondo;

y su verde pupila se dilata
del monstruo sol metálico escarlata
que en hervores asciende desde el fondo.

Bēth

Nunca fuiste un arcángel. Quizá eras
el fuego elemental, la llama dura
que si asume de fiera la figura
es la más convincente de las fieras.

Pero arriaste del fuego las banderas
prefiriendo a sus iras tu blandura,
y hétete aquí: competición de altura
laxas y por el suelo las hogueras.

Hoy topacio de incendios reprimidos
hierva tu piel barrotes renegridos,
y gruñes. Yo te aplaudo por si aún fueras

el fuego elemental, la llama dura
que si asume de fiera la figura
es la más convincente de las fieras.

Gimel

Voz del ángel por siglos esmeralda
pordiosera de luz. –El ángel yerra
desollado y a tientas por la tierra
con un tercio de lobos a la espalda.

¿Hasta cuándo en pavor esta guirnalda
que su avispal de insomnios cruel aferra
rescoldero a mi sien? Aullar que aterra,
que al oído erosiona, que lo escalda:

¿Hasta cuándo esta hiel? Y alud que ciego
alarido de espuma: ¡Al fuego! ¡Al fuego!,
lobo tras lobo. Espectación la hora:

sobre el hollín final –esquilas, trinos–
nace, esplende, avasalla, en torbellinos
de luciérnagas ágiles la aurora.

D̄aleth

Retacito lloroso de alborada
en naufragio de hollín lucero breve,
—La noche tizón cruel, tizón que llueve
cobres al rojo vivo, hiel pesada.

Duerme en tanto la hiedra alborozada
deslumbrantes patíbulo promueve:
El alba sangre, y bajo hervor de nieve
en el pozo la estrella desollada.

Ay, si de luna por el sueño mío
y en los pies campanitas de rocío
ya para siempre... Por la madrugada,

desbocado rescoldo en carne viva,
una cruz de ceniza radiactiva:
Duérmete, pedacito de alborada.

H̄ē

Haz de cobre un caballo; ponlo al fuego
justo hasta que la piel se le derrita,
y suéltalo en la mies: Es dinamita
la mies que a sus relámpagos entrego.

Y forjé mi caballo, y era ciego.
Desató el septentrión furia inaudita,
y fogón de ulcerada malaquita
el que al pecho me arañó y me restringió.

Mas oíd, podredumbre y cieno en brama:
Yo de cada rajuela de su llama
potros haré... Con tedio alzo la copa;

bebo hasta el fondo, y a través de ella
de improviso en el alba cada estrella
en un potro con alas que galopa.

U au

Un relámpago a ráfagas trémolo
del que hasta los luceros más lejanos,
lucen ascua rubí los meridianos
y las selvas y el mar de polo a polo.

En esa lumbre terco me acorolo.
Con esa lumbre tercos mis hermanos
izan igual que sol entre sus manos
mi corazón y el suyo en uno solo.

Se acompuertan de luz todas las sendas.
El gran potro del Yo cede a las riendas
del júbilo común, y con los codos

sobre el papel el sueño me acanora:
Esto es la libertad. Quiebre su aurora
quien su aurora no crezca para todos.

Z ayin

¡Paniqueso! Sol niño disgregado.
Sol cocuyos –al viento, el sol diría–.
La noche: ¡Paniqueso!... –Cacería
de estrellitas de sangre por el prado–.

¡Paniqueso!... –La noche lo ha soñado
rubí y en cruz para su joyería–.
¡Paniqueso!... ¡Pan!... ¡Pan!... Pan sí querría;
mas no pan de cadenas rezumado.

¡Paniqueso!... De trueno por la aldea:
¡Sea la aurora! ¡Mediodía sea!
–Sobre aludes de hollín desbarrancado,

uno mi sol. En su fragor espeso
danza el mar: ¡Paniqueso!... ¡Paniqueso!...
frente a las risas del acantilado.

C hēth

Si surtidor de soles, nunca antes
la traslúcida escarcha en tolvanera
los revuelos del manto más hoguera
viva de lapislázulis brillantes.

Como piedras preciosas deslumbrantes,
lila, naranja, verde la cimera,
doce constelaciones de primera
giran sobre su sien cabrilleantes.

Que la Osa mayor gima la hiedra
que en incendios florece toda piedra
de sacrificios, –tal radiante Osiris

sobre los muertos–. En su honor, cobalto
más cuchilla en el alba si más alto,
se corona el azul de arco iris.

Y òd

Va de soles la ronda por el llano
su horizonte estrechando en oleadas;
y el cerco incendiazón, nudo de espadas
hondas ya en el cuello del tirano.

Quién no quiere gritar: A ver hermano,
presta la lumbre; y enrelampagadas
las carnes ir danzando llamaradas
con la mano de un sol en cada mano...

Siento lava en los pies. Corro al espejo,
y mil llamas de mil en el reflejo
todas en un relámpago engarzadas.

Del oro y de la sangre por el monte,
la ronda estrecha, anuda, el horizonte
en una roja incendiazón de espadas.

T ēth

Hondo y a canto y cal, sepulturero.
Hondo y a canto y cal. La noche, hermano,
su salitre y su hiel opondrá en vano
a este alud de soles de que muero.

Hondo y sobre su hollín en reverbero
de galaxias azules mi altiplano.
Hondo, por esta luz: voy de la mano,
se dice ha seis auroras, de un lucero.

Y desde las escuelas bombardeadas:
¡Lloidito y al cuello de las hadas
este aluvión de soles, compañero!

¡Llovidito!... La sangre en el pupitre:
Año sol de color. Menguante buitre...
¡Hondo y a canto y cal, sepulturero!

Kaph

Buen dorado de amor, hermano trigo.
–Buen alba y buen aroma, lirio hermano.
Mi solar y mi azul se dan la mano
con el viento, que palmas por testigo.

Cuna nueva, la gracia sea contigo
con su rosa y sus lilas de verano.
–Sé con él, a su brillo más lejano
la estrella en surtidores que persigo.

Gran armonía: Trinos y luz pura
medirán de rubies tu estatura.
Trinos y luz. –De añil por los esteros:

Buen hombre, al hombre el viento. En lontananza,
sedeño, musical, sonriente, avanza
de gala un torbellino de luceros.

Lamed

Pira de cempasúchiles al centro
de una esmeralda en ignición, fascina
más que mina de asombros la retina
que parece absorbernos desde dentro.

Tal el jardín donde en pavores entro
aferrado a este sol que ya declina,
y tal el fruto que áureo se encamina
como canario en llamas a mi encuentro.

Pero no soy el único vidente
que, exprimido del tiempo, el esplendente
muro de verdes en incendio sanja:

toda centella insomnio, todo astro,
culmina el chisperío de su rastro
en la pira ancestral de esta naranja.

Mēm

Incandescidos ángeles de grana
firmes, ¡oh alas!, las centellas duras,
tiran hasta encender desgarraduras
del hollín carceral de la mañana.

No me preguntes, dulcedumbre hermana,
si cascada de sol tus vestiduras,
o si laguna el sol de aguas oscuras
que en tus incendiaduras se engalana.

De ti encinta la tierra se diría
cristal en cuya entraña el mediodía
potros de sangre en ignición extrema.

Pero aquí en el espejo ni la lumbre
podrían ya decir con certidumbre
quién de quién en arcángeles se quema.

Nūn

Hombre de jubilosa llamarada
el sol si mucho espejo de tu hoguera:
puede la muerte en su lagar, su era,
mi brizna celebrar pisoteada.

Porque ya cristal ebrio de alborada
de traslucirte: porque enredadera
aferrada a tu luz, mi sangre entera
anda de ti como transfigurada.

Y desde el manantío de las horas:
Hosanna a ti, fecundador de auroras;
hosanna, hossana a ti. Por los veneros

del alba trigo y gracia las canciones.
Por los bohíos las constelaciones
van prendiendo guedejas de luceros.

S amekh

Tu amapola en fulgores me amanece
entre incendios de azul, mas tan intensa
que arde el ojo al mirarla, y si la piensa
el cerebro en carmines resplandece.

Yo aplaudiera el azul que te acontece,
mas no puedo negar en mi defensa
este géiser de azules como tensa
llama que guinderíos fosforece.

Amor mío, amor, muerdo en tu vaso...
Y las púrpuras rotas del ocaso:
cuando la noche su frazada espesa

con luceros y luna desde oriente,
un espectro de luz llora en la fuente,
se saca el corazón y se lo besa.

‘A yin

Se me arrastra la sangre en alaridos
e incendios hasta ti: bajo tu influencia,
grana de soles vivos la conciencia
y en aire de amapolas los sentidos.

Valle eres de nardos florecidos
en trance de amor todos: Tu presencia,
árbol de auroras, derramada esencia,
feria de flautas para los oídos.

—Lunas en desbandada por la acera.
Panderillos de oro en otra era
danzan de luz mis átomos vestidos:

¡Valle de nardos!, su polifonía.
¡Valle de nardos tú!... Ternura mía,
se me arrastra la sangre en alaridos.

Dē

Hoy podría decir que aun en esbozo
toda cárcel incendio. Por los llanos
rebañales de lluvia. Meridianos
arco iris la vida en su alborozo.

Sobre la tumba fresca del sollozo,
desbocadas esquilas nuestras manos,
una generación de nuevos granos
enciende ya sus lámparas de gozo.

Feria para las hambres que escudriñan.
Lo alondran verdes que en su pelo alían
húmedo intrafloral: Sus palomeras

canterías de luz irán ufanas
por un corporal niño: sin aduanas,
sin colores, sin razas, sin fronteras.

Sādē

Enero. —Florece una llaga,
y flor, no llaga, lucirá febrero.
Marzo. —Aquí el surco vigilante y fiero,
que abril sangriento sanguinario amaga.

Mayo. —Hirviente a mi azul de hieles draga
este airón de luz roja en el sombrero.
Junio. —Un junio le dije que la quiero:
Junio con junio de pasión se paga.

Julio. —Si yo pudiera, peregrino,
reforestar de julios tu camino...
Y a coro el narderío: si pudiera...

Aquí Antares y Alción hacia nosotros:
Helos ahí, relampagal de potros.
Ellos fincan la patria verdadera.

Qōph

Cantaremos ahora, hermanos míos,
la canción del trabajo. —¡Cantaremos!,
el alba y su coral de crisantemos
con ajorcas de luz por los bohíos.

Somos como amapolas entre ríos:
sol a mandobles mientras florecemos.
Eh, pescador, las manos a los remos.
Tú, labriego, la sangre a los avíos.

Trigo: conquistaremos tus dulzuras
para la risa y la pasión futuras.
Vida... La vida aquí se nos proclama

cerrazón de centellas. Mi amapola,
amplia y hasta los cielos la corola,
en esquilas sus soles desparrama.

Rēsh

Qué rodar y rodar ríos de rosas.
Qué desbordarse el pecho de alboradas.
Qué saltar y saltar todos cascadas
de soles a cual más piedras preciosas.

Se acorderan los cactus en undosas
púrpuras sederías desflecadas.
Se anovian las estepas, y enferiadas,
fluyen de leche y miel todas las cosas.

Contrapunto de amor en que los cielos
parecieran danzar sobre deshielos
de alas. Contra todo, ríe, palpita.

Y por un arco iris en arrobo,
ensandaliada con la piel del lobo
baja amapola y luz Caperucita.

S hin

Nos arrancamos, pan, el corazón,
y lo encendemos ante ti igual
que puñadito alegre de copal.
Pan, esquilas por ti nuestra canción.

Porque no hay canasta de ilusión
donde tú no amanezcas. Del trigal
a los labios, cajita musical:
Pan, sangre y pensamiento en floración.

Pan nuestro, al fin de todos. —Cual saúz
agobiado de un jazmín de luz,
baja su frente el pan. De beso y miel,

la rosa, el girasol y el alhelí:
Toda la tierra esto, colibrí:
un pan, una familia, y un mantel.

Tau

Surtidor de catorce llamaradas
con que, hirviendo lagar, danzante vino,
palmo a palmo la noche asolferino
en candil de catorce carcajadas.

Si artificio de hieles desolladas
en tu hidrógeno astral me atorbellino,
es por ver de pegaso esmeraldino
tus catorce lumbreras desplegadas.

Mas azul en incendio aquí me augura
de esplendor y de gozo en desmesura
galopante vitral: Su rostro encalla

en deshielo de hollín diamante vivo,
y andanada de oro intempestivo
en catorce relámpagos estalla.

RELÁMPAGOS LA SANGRE

Todos aquí están muertos

Yo no debiera estar
desangrándome aquí
de esta hiel
que ladrillo a ladrillo me corroe
desde el corazón hasta la mitad de la calle.

Para qué contaminar y contaminar
las tinieblas a borbotones
de esta lumbre ronca,
de estas ululantes
enardecidas
palomas
acuchilladas.

Uno se desencardencha relámpago
y verdiaúllo
se amotina
al borde de la alcantarilla abierta,
al borde del puente dinamitado,
y es
como si todo
definitivamente se solazara

luna de los reptiles
frente al deshielo total.

Desde esta llovizna
de entumecidos canarios
que la tarde amortaja sobre mi pecho,
mi ternura repasa
su muladar de mediodías rotos.

Ni para qué frente al orgasmo
de esta horca que se ahorca
una fogata de corderos más:

Todos aquí están muertos.
Se visten el aliento y el color
de los jardines asesinados,
y se maquillan con luciérnagas;
pero están todos muertos.
Muertos,
podridos,
muertos.
Y las galaxias en desangrío:
Muertos...
Podridos...
Muertos...

Colibrí... Siete rondas
con tizones morados
alrededor de este cempasúchil
por el arcángel paralítico
que sólo pudo lágrimas
frente al naufragio
de su corazón.

*C*on brazadas de sol en agonía

*Con brazadas de sol en agonía
por las obsidianas estrechas
de unos árboles que se disputan*

*la corrupción con otros árboles,
el azúcar varado de los frutos
llora de nube a nube.*

*En estopas de hollín que al exprimirse
hasta calcinarnos rezuman
esquirlas de relámpagos,
los almanaques desde su asombro
sístole a sístole se despeñan.*

Éstos eran los áspides
tras el rescorderío del insomnio
cuando a la hora de maitines:
*“El ángel del Señor
anunció a María”,*
y hasta los abismos:
*El árbol y la soga
contra los industriales de las lágrimas.*

Por el monte de los lagares
que acuchillados novilunios
bajo su mosto traslucen,
para que no amaneciera
contra los candelabros del oriente
sombras sin rostro se consolidaban.

Tendedero de escarchas negras

Tendedero de escarchas negras
anda la Luz. De ópalos en ristre
estallarán en pirotecnia
mis emparedamientos de humo.

Esto me dije yo
cuando llamarada de oro
y llamarada de piedras preciosas
los cuervos sobre cúpula
de sangre coronados.
Por los andenes de la náusea

el molino del día
pregonaba su pan,
y el sabor de pan cisco
de charreteras y de púrpuras
ahora y siempre
por los siglos
de los siglos,
¡amén!,
agusanadas.

Como árbol de vidrio

Como árbol de vidrio
con un incendio alto en las entrañas,
evanescido estoy de luz.

¿Con qué diré el vino
indistinguible ya
del sol con que sonrío?

Chispa por un instante
el mediodía todo,
eso fui con la Luz.

Espejo que naufraga en otro espejo
sin que ninguno sepa
quién de los dos es la fogata,
eso fui con la Luz.

Carbono que el relámpago
de su sueño amanece.
Pero aquí las palabras
también incendian ya
el aire y el oído que las piensa...

Luz de Luz

Luz de Luz, Luz de Luz, así le dije.
¿Qué turbión renegrido de centellas
ése profundo en tus espaldas
que te tiras a pedazos del pecho?
Y de nuevo a la Luz, ¿qué arco iris
en que gozándote te reconocas
para justo vendaje de tu herida?

Y la Luz, de las hieles
aquí articuladas
las tempestades descuartizan
de fognazo en fognazo su túnica:
¡Un hombre!
¡Un hombre!
¡Un hombre!

Y le mostré mi corazón,
y era como brasa
con tantos rostros que de sus destellos
se me derretían las manos.

Pero la Luz igual
que sobre púas contraída
lo vomitó contra el suelo,
y mejor la leyenda
de la cecina sin ojos
y los dragones que se alumbran
con los húmedos verdes de sus garras:
pues los hombres que vi
eran como culebras
en vientre de culebras.

Nos duele sobre el alba

Nos duele sobre el alba
la podredumbre de mil siglos.
Se nos ahoga bajo sus óxidos
la gemación de luz
que querría ser ala.
Cada noria y su círculo de látigos;
cada crepúsculo y su carcajada
endurecida de sangre,
nos pesa nuevos riscos
sobre el muro azul de nuestra piel.

Ascuas bajo aluviones de antracita
en rubíes con filo fosilizadas,
eso somos sin más.
Porque el hecho fue éste:
un día destazaron
la llamarada del origen;
embrocaron cavernas
y féretros y cárceles
sobre cada fotón,
y desde entonces diminutas
luces empotradas
bajo lastres lodosos.

Hemos de confesarlo:
a nosotros nos duele
la explotación y su descomunal
piedra de sacrificios.
Porque somos el alba
y el establecimiento de las sombras
que nos constriñe, que nos muere.

Porque somos en suma
soles a medio sol
mineralizados entre turberas
y en colisiones de aúllos.

Aquí acantilado de chacales

Aquí acantilado de chacales
con el signo de pesos
como lumbre voltaica sobre sus frentes:
¡Trágate tu palabra!
¡Trágate tu palabra!

Y los cuchilleros de las tinieblas,
mil por cada sepulcro,
no vaya a suceder
que las matrices de los muertos
todavía fosfágenos germinen:
¡Trágate tu palabra!
¡Trágate tu palabra!

Y los que se maquillan de cocuyos
para que las merluzas
nostálgicas de astros
tercas en su caldero se precipiten:
¡Trágate tu palabra!
¡Trágate tu palabra!

Y la sustancia prima,
yerba de olor, cordero,
que proclama su fe
desde el fondo del plato:
¡Trágate tu palabra!
¡Trágate tu palabra!

Y yo traguéme entonces mi palabra:
bajo las azuritas
que la erosión desnuda
faro que languidece lo reconozco.

Hermano

Hermano: en las hieles
de que aquí me deshielo,
el solsticio que se trasluce
va a recordar tu rostro.
Tú deslumbra así,
nardo de fuego y cobre.
Todavía te miro
como guirnalda del camión
que hizo capital
de tu poder y tu gracia.
Todavía, dióscuro
subversor de relámpagos
frente a la pesadilla
en la que la sangre obrera
se corrobora
fertilizante
de exportación.

Hermano, filón ya
de luciérnagas y luciérnagas
para que desde las raíces
las espigas alumbren:
quizá mejor así
y no aquesta lágrima
de pie si acaso por la corona
de espinas que la sostiene.

Mas profundas aquí
en desangrío mis antorchas
bajo nieve
con luto
se petrifican,
y yo te hubiera dicho
en este instante:
cachorro de las seis alas,
estállame los velos de la aurora.
Y tú... En este punto

desde los naranjales cuyo espejo
es la estrella polar:

*Aquí entre rajuelas vivísimas de sol,
más allá
del dogal
que piélagos de oro
nos hace trasudar,
el aire azul,
azul y el arco iris
siete bandas de júbilos iguales.
Y el amor, el amor,
lago de vino
el amor:
en él los corazones, el amor,
cocuyos de metal.*

*Brillan, brillan y brillan,
rebrillan sin que nadie
los pueda
apagar.
Aquí entre rajuelas vivísimas de sol...*

*H*oy he vuelto mis ojos por los gritos

Hoy he vuelto mis ojos por los gritos
que agotan su pañuelo
desde el resumidero de los mapas:
Un sol de cabras púrpura
danza sobre los mármoles
de una como cúpula invertida.

Me gustaría demostrar
que todas estas visiones
son nada más residuos
de vivencias arcaicas
que de improviso en mi cerebro
arden y se condensan
en vitrales de espanto.

Que fiebre, más tras órbitas de pulpo
fanales amarillos derritiéndome
hasta los huesos la puerta,
igual al horno cuyas fauces
no obstante arder ya en él
todavía sin tregua me persiguen.

Ciudad en repentinas
tinieblas estallada,
más nieve, más chasquido
de alas que se azotan,
¿no explicarían suficiente
esta noria de horror donde los ángeles,
acostumbrados a danzar
de lucero en lucero,
de calabozo
en calabozo
se descuartizan?

Mas desbarranco mi telar de sueños,
y sin vitral que los contenga
los fuegos fatuos todavía
unos a otros se despedazan.

Espesamiento de carroña
donde nadie podría saber ya
desde la sortija de qué cadáver
andan fosforesciendo sus ojos:
hasta donde la súplica
en persistente llovizna
de calcinados
gorriones
nos es devuelta,
sobre las agonías de mi lámpara
la noche es un infinito
catafalco de cieno.

Y desde sol sobre desierto hirviente

Y desde sol sobre desierto hirviente
tras tolvanera de amatistas:

A machetazos improvisa crátera

de una calavera;

desbórdala de sangre;

atragántate, aúlla

hasta que llamarada la trasudes,

y clama así mientras te carbonizas:

¡Tal bebieron los hombres!

Y mi dolor de cántaro vacío:

¿Tiraré pues al mar

nuestro vaso de vida que les toca?

Y mi dolor de cántaro vacío:

y mi laurel de conducir

a casa de la mano

redimida la estrella de la tarde,

¿he de tirarlo al mar?

Y voces de ceniza desde el último

testimonio de árbol:

Al mar. Tira tu sueño al mar:

El hombre es

un espejismo

de podredumbre sin rostro

sin más raíz ya nunca con la tierra.

Esta conflagración de cempasúchiles

Esta conflagración

de cempasúchiles

convulsionados bajo el agua;

esta noche, si noche

puede llamarse también

este fósforo desollándose

de cardenche en cardenche

para al fin encontrarse con el beso

podrido entre los pliegues de la sábana,

esta noche mi parte
de humedad que me toca
en el agrio más frío de la tierra.

Para qué quiero ya
este silabario de luz
cuyas caligrafías
a nada corresponden.

Esta noche, no noche.
Sí este discurrir
a tientas por entre escombros
como farol apagado:
convoco por su pléyades mi corazón,
y espirales de humo
me ríen locamente
desde los vidrios del escaparte.

Y desde el pozo sobre cuya estrella

Y desde el pozo sobre cuya estrella
degollaron ciudades
hasta raer los signos del brocal:

*¿Para centellas mínimas
fossilizadas ya por siempre
bajo su lápida de sangre?*

Y desde las compuertas
donde los no nacidos
se suicidan:

*¿Para que piedras preciosas
de su lepra
dorada
les florezcamos?*

Y aquí un gran relámpago
saltando en témpanos

incandescentes
el loberío seco de la noche:

*Gambusino del hombre:
Te anuncio el hombre nuevo.*

Y cañaverales de alas:
Te anuncio el hombre nuevo.

Y yo volví los ojos,
y un bólido azul
contra mi aurícula derecha
y al despertar en un diamante único
todas las cosas ya el mediodía.

Y yo volví los ojos,
y en charquero de soles
el cántaro de mi ceguera
yace resquebrajado.
Pero ahora tampoco
podría precisarse
desde los ojos de quién amanece...

MANIFIESTO JUBILAR DEL HOMBRE NUEVO

Aguascalientes, 1963

I

Vamos a dinamitar
bajo la hornacina resquebrajada de este cielo
la hilachería vieja
de nuestros dioses y de nuestros hombres.

Vamos a celebrar una hoguera
—¡una definitiva hoguera!—
con nuestros viejos rumbos
y con nuestras viejas palabras.

Henos aquí que ella
se levanta del mar
con su brazada de relámpagos
enjubilados,
definitivos,
aptos ya para hervirle de luceros
el corazón a la tierra.

II

Desde los idilios partidos a hachazos
para que los generales no estén tristes;
desde las luciérnagas que se les pudren
en las matrices a los muertos,

—¡parecen diputados los muertos
con su risita fácil,
con su risita de clorofila tonta
que a todo responde: sí!—.

Desde los cielos como desfiladeros de espigas
y como lluvia de gavillas de percal
siempre diferidos para mañana
siempre para la primavera que viene,
las vigiliás y los ayunos
madreselvas al vuelo de este cántico.

III

Voces con tesitura
de inflorescencias apretadas
se han escuchado en nuestra tierra
—¡el pan y el sol sin dueño!
¡el aire y la vida sin dueño!—

Cogollos de luna nueva
maduran focos de colores
en las almenas enloquecidas de todos los árboles.

No más el alba desgarrando sus vestiduras
frente a los cañaverales en llamas,
y frente a los niños en llamas
dilacerados,
que se les retuercen
a las mujeres por los muslos.

Frente a nuestros jardines
y frente a nuestros parques encardenchados
para que nuestras flores
no se nos vuelquen de senos
tras la sonrisa de un niño de color,
¡no más el alba desgarrando sus vestiduras!

Voces de ternura y libertad
se han escuchado en nuestra tierra:
¡las siglas PAX con P de pan!

¡Las siglas PAX con A de amor
y con X de geografías
y fraternales corazones entrelazados!

IV

Voces de alborada desnuda
con su armadura de víboras
triumfalmente hecha ovillo bajo los pies
se han escuchado en nuestra tierra...

¡Voces de alborada desnuda
con su máscara de víboras
triumfalmente hecha ovillo bajo los pies!

¿Para qué un corazón
que al saltar en pedazos su herrumbre
no rubrique los aires
con un mandoble magnífico
de serpentinas y carcajadas?

Un corazón que al azotarse contra los calabozos
no los haga estallar
en torbellinos desesperados
de luciérnagas y campanas,
¿para qué un corazón así?

V

Compañeros iguales
que embloqueradas ramazones
de recién joven luz...

Compañeros relámpagos
—y la chatarra de los arsenales,
y la chatarra de los suplantadores del hombre,
profundas como la muerte
bajo la consigna de nuestro surco—
ésta es mi palabra:
¡hay que quemar los hombres viejos!

¡Hay que quemar los dioses viejos!
¡y los caminos viejos!
¡y las palabras viejas!

¡Hay que prenderles fuego
de una vez para siempre
a todas las cosas viejas!

Porque otra vez lo digo:
¡éste es el hombre nuevo!

¡Éste es el hombre que gravita
como bandera de orgullo
sobre el corazón de la tierra!

POESÍA
REUNIDA

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.